



La Cuaresma comienza llevándonos al principio. No al principio de la historia bíblica, sino al principio del corazón que tiene por vocación ser paraíso interior. El Génesis nos muestra al hombre en el jardín, formado del polvo y animado por el aliento de Dios. El hombre no vive por sí mismo; vive porque Dios respira en él. Como dice la tradición de Israel: «*El alma del hombre es la lámpara del Señor*» (cf. Prov 20,27). El ser humano es barro iluminado por el Altísimo.

El peligro de la sospecha

Pero el pecado comienza cuando el hombre pasa de vivir como quien recibe, a vivir como quien posee. Esto acontece cuando, según la historia bíblica, la serpiente introduce una duda, no sobre el hombre, sino sobre Dios. «*¿Es verdad que Dios os ha dicho...?*» (Gn 3,1). Es la tentación permanente: sospechar de Dios, dejar de confiar en su bondad. Es el pecado de la desconfianza, de la duda, y cuando hablamos de él, no nos referimos a la duda que busca comprender, sino a la que se convierte en desconfianza. Pocas realidades hieren tanto la vida espiritual como esta actitud. La Escritura la presenta como una enfermedad del corazón, una ceguera interior que impide reconocer la presencia y la acción de Dios. Allí donde la confianza se rompe, el corazón se endurece; y donde el corazón se endurece, la voz de Dios deja de

escucharse. Está en la raíz del primer pecado y esto es lo que aconteció en el Edén. La serpiente no ofreció primero un fruto, sino una sospecha: «*¿Es cierto que Dios os ha dicho...?*». Los maestros rabínicos enseñan que el mal no comenzó con un acto, sino con una voz que distorsiona la palabra divina. El Bereshit Rabbah 19:3 comenta que la serpiente «*sembró confusión en el corazón*», insinuando que Dios no era tan generoso como parecía. La duda fue, antes de comer el fruto, la causa de la ruptura.

La duda, raíz de la ruptura



Los Padres de la Iglesia hicieron la misma valoración. San Ireneo decía que «*el hombre cayó porque dejó de confiar en Dios antes de desobedecerlo*» (Adversus Haereses III,23,8). Y san Agustín afirma que «*todo pecado nace de una duda asumida*» (De Genesi ad litteram XI,30); una mentira que siempre apunta a lo mismo: que Dios no es digno de confianza.

Pero la historia no termina en el jardín. Donde Adán dudó, Cristo confió. Los rabinos enseñan que la verdadera fe (emuná/אמונה) no es solo creer, sino apoyarse, descansar en Dios incluso cuando no se ve el camino. Y eso es exactamente lo que el Señor hace.

En el desierto, cuando el tentador vuelve a sembrar la duda —«*Si eres Hijo de Dios...*»—, Jesús

responde con la confianza firme en la Palabra del Padre. San Juan Crisóstomo comenta que Cristo vence «*no con poder, sino con obediencia confiada*». Y en Getsemaní, cuando la oscuridad parece más fuerte que la luz, Jesús pronuncia las palabras que sanan la herida del primer pecado: «*Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya*».

La puerta del pecado



El recelo abrió la puerta al pecado; la confianza de Cristo abrió la puerta a la salvación y restauró lo que la duda destruyó.

Hoy, cuando la duda nos susurra que Dios no escucha, que no actúa, que no nos mira, recordemos que Cristo ya recorrió ese camino y lo llenó de confianza. Y recordemos también la enseñanza de san Basilio: «*La fe no elimina la prueba, pero hace que la prueba no nos destruya*» (Homilía sobre la fe),

Se ha de pedir que se cure en nosotros la desconfianza del primer jardín y nos regale el abandono del Huerto de los Olivos. Que Cristo, que confió hasta el extremo, nos enseñe a descansar en el amor del Padre. San Agustín lo comprendió profundamente: el hombre cayó no por debilidad del cuerpo, sino por desviación del amor. Dejó de descansar en Dios y quiso descansar en sí mismo. Y desde entonces el corazón humano vive dividido, deseando el bien y experimentando la fragilidad.



Sal 50,3-4.5-6a.12-13.14.17



**Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión
borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.**

**Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado.
Contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.
Oh, Dios, crea en mi un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme.
No me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.**

La Cuaresma comienza con una palabra que brota de lo más profundo del corazón humano: misericordia. No es el hombre quien toma primero la palabra, sino la misericordia de Dios la que despierta al hombre a la verdad de sí mismo. El Salmo 50 no es sólo una confesión de pecado; es el descubrimiento de que, más profundo que el pecado, está el amor fiel de Dios.

«Misericordia, Dios mío, por tu bondad».

Esta súplica nace cuando el hombre deja de apoyarse en sí mismo y comienza a apoyarse en Dios. San Agustín dice que toda la esperanza del hombre no está en su propia justicia, sino en la misericordia divina. Mientras el hombre se justifica, permanece lejos; cuando pide misericordia, ya ha comenzado a volver. La tradición de Israel comprendió esta verdad con gran profundidad, afirmando que el arrepentimiento llega hasta el trono mismo de Dios (cf. Talmud, Yoma 86a). Es decir, no hay distancia que la misericordia no pueda atravesar.



El salmista continúa: «*Reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado*». Esta palabra no nace de la desesperación, sino de la luz. Sólo quien ha comenzado a ver puede reconocer su oscuridad. El pecado no es simplemente una falta exterior; es una herida en la comunión con Dios, una desorientación del corazón que ha olvidado su origen y su destino. Por eso el salmo dice: «*Contra ti, contra ti solo pequé*». No porque el pecado no afecte a otros, sino porque en su raíz es ruptura de la relación con Aquel que es la fuente de la vida.

**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**



I domingo de Cuaresma B



**Donde nació el pecado,
Dios prepara la salvación.**